

Juan Bautista Ferro o la cotidianidad del filosofar. Fragmentos de un testimonio

*Roque Carrión W.
Universidad de Carabobo*

La filosofía y el filosofar adquieren en la vida de Juan Bautista Ferro las dimensiones propias de un auténtico pensar que se reflejó en cada acción, en el discurrir diario de la vida académica universitaria o en las “tertulias monologantes” que el propio Ferro concertaba con sus amigos en su casa o en plena calle. Ferro fue el ejemplo vivo de una tradición filosófica que centra su acción sobre el propio filósofo, y el cultivo de la “oralidad” como “método” para enseñar a aprender. El texto muestra todo esto a través de una reconstrucción testimonial.

Philosophy and philosophical activity acquire in Juan Bautista Ferro's life the dimensions of an authentic thought which was reflected both in every action in the daily life as well as in the academic University life or in the “tertulias monologantes” that Ferro used to foster in his own home as well as in the street. Ferro was the living example of a philosophical tradition that is centered on the philosopher himself and the oral method in order to teach how to learn. This paper shows all this through a testimonial reconstruction.

En el mundo académico finesecular de Occidente es más bien infrecuente rendir homenaje a un profesor universitario cuya obra se exprese, de modo eminente, en su forma oral. Las exposiciones magistrales en las aulas de clase, las conversaciones filosóficas con sus amigos, sus conferencias, fueron los medios por los cuales Juan Bautista Ferro se exponía a todos: hacía pública su reflexión profunda, intensa, erudita. Las aulas universitarias, la calle, su casa fueron los foros naturales en los cuales ha quedado grabado el tono de su voz fuerte, vibrante y provocador.

Pero sus discursos estaban apoyados en pacientes y extensas investigaciones que se plasmaron en notas, observaciones que preparaba para sus clases y acumulaba con la esperanza de escribir, algún día, “Una historia de la filosofía moderna” y “Un tratado de lógica”. Algunas de estas investigaciones se convirtieron en “conferencias” que se publicaron y en “tesis” para obtener el grado de bachiller y de doctor en filosofía. Sin embargo, todos los que conocieron a Juan Bautista Ferro admitirán que para leer a Ferro había que escucharlo.

La *gerencia burocrática* que rige las instituciones universitarias y los criterios de evaluación sobre el trabajo intelectual exige que se *escriba y publique*; así, la *producción* de un investigador y profesor universitario es medida por la cantidad de publicaciones. Juan Bautista Ferro es, creo, uno de los pocos que se resistió a aceptar, sin más, esta exigencia del *mercado académico* dominante en estos días. Pero su resistencia nos hizo ver, con claridad, que una *vida teórica* es el testimonio más auténtico y verdadero de lo que suponemos debe ser un hombre dedicado al trabajo del pensar crítico, de la reflexión profunda y del cultivo de un discurso claro, accesible y agradable que invitaba al estudiante a aprender a pensar; y que tal tipo de vida no puede ser evaluada, única y exclusivamente, a través de una *producción escrita*.

El ejemplo que nos legó Ferro nos plantea, en esta ocasión, una primera interrogante: ¿Cuál es la *obra* de Juan Bautista Ferro sobre la cual vamos a exponer nuestras opiniones y que justifica este homenaje? Responder a esta pregunta supone la tarea previa de revisar y ordenar todo el *material* disperso que dejó Ferro no sólo en los archivos de su biblioteca privada, sino también en su correspondencia y en el recuerdo

de sus amigos. Para ayudar a esta tarea, yo quiero contribuir con un fragmentario testimonio sobre sus ideas y reflexiones que desarrollan algunos de los tópicos que el propio Juan Bautista Ferro señalara en su “Discurso de agradecimiento al nombramiento de Profesor Emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos”, el mismo que es, según creo, un resumen de algunas de las posiciones que Ferro sostuvo a lo largo de su vida¹.

1. Sobre la filosofía y el filosofar

Juan Bautista Ferro fue profesor de filosofía y lógica durante, según él mismo lo afirma, “un buen cuarto de siglo”². Su fama de buen profesor (conocedor a fondo de lo que exponía, suscitador de intereses, expositor claro y ameno) se consolidó tanto en sus cursos de historia de la filosofía moderna, siempre concentrados en determinados filósofos, como en el de lógica. Su apasionado interés por difundir la teoría lógica en todos sus niveles, obedecía a una clara conciencia de la necesidad, en un esfuerzo pedagógico genuino y generoso, de dar a conocer a sus alumnos la teoría y el manejo instrumental de la lógica. Sus cursos de lógica constituyeron esfuerzos colectivos entre él mismo y sus asistentes, cuyo objetivo, en esas “maniobras envolventes” de las “prácticas de lógica”, era cubrir todos los flancos de un tipo de enseñanza que requería un permanente ejercicio intelectual con las fórmulas lógicas. La preocupación de Ferro por el manejo indispensable de instrumentos conceptuales, como base para la reflexión profunda y coherente, es resaltada

¹ Ferro, Juan Bautista, “Discurso de agradecimiento del doctor Juan Bautista Ferro Porcile, en su distinción como Profesor Emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos”, en: *Homenaje al doctor Juan Bautista Ferro Porcile*, Lima: Sociedad Peruana de Filosofía y Universidad Inca Garcilaso de la Vega, 1994. [Cf. igualmente *infra*, pp. 363-369; Ferro, Juan Bautista, “Discurso de agradecimiento”. Nos atenemos a esta última versión, que corresponde al manuscrito original. N.d.R.] Yo he iniciado la revisión y ordenamiento de los manuscritos de Juan Bautista Ferro en setiembre de 1994. Un adelanto de mi testimonio en: “Mensaje desde Valencia” (cuyo título, que no apareció impreso, es “Juan Bautista Ferro y la tradición oral de la filosofía”) en: *Homenaje al doctor Juan Bautista Ferro Porcile, o.c.* Para el presente trabajo he hecho uso de parte de la correspondencia que mantuve con él y que cubre los años de 1973 a 1975, y de algunas notas de sus cursos de 1968 (Berkeley), 1971 (Spinoza), 1979 (“Una historia de la filosofía moderna”) y 1981 (“Crítica y metafísica en la filosofía de Kant”).

² Ferro, Juan Bautista, “Discurso de agradecimiento...”, *o.c.*, párrafo 3 (*infra*, p. 362).

por él mismo en la introducción de su investigación sobre “Procedimientos decisorios para fórmulas monádicas de primer grado”. Ferro llama la atención sobre el hecho de que su investigación pueda ser criticable, dado que es un trabajo presentado para alcanzar un grado académico en filosofía, y sin embargo cubre “aspectos más bien técnicos de la lógica y no irrumpe en sus niveles propiamente especulativos o filosóficos. Pero el graduando ha elegido el tema con toda deliberación, por creer que justamente el mejor aporte que hoy puede hacerse en nuestro medio a aquella disciplina —por minúsculo que pueda ser su tema y alcance, como en el caso presente— es ayudar a perfeccionar antes que nada el dominio de sus medios instrumentales y su aparato simbólico, para que a la postre, cuando sobrevengan inevitablemente el examen y la discusión de los problemas verdaderamente serios que le son propios, aquéllos se realicen sobre la base de un saber proveniente del oficio y no de un amasijo de ocurrencias sin sustento”³.

Su visión de la “Historia de la filosofía moderna” también partía de la base de un conocimiento “proveniente del oficio” que para él se concretaba en una exhaustiva, cuidadosa e histórica interpretación de los textos. Así pues, en estos dos ámbitos en los cuales Ferro ejerció su calidad humana de filósofo y de enseñante de las ideas, mantuvo siempre un unitario modo de encarar los temas y problemas que constituían el contenido mismo de la filosofía. Desde esta perspectiva, difícilmente se puede arriesgar una definición de la filosofía, sino más bien insistir en el carácter problemático de ella misma. En este sentido Ferro nos recuerda en 1986 que la filosofía es una “forma de saber tan peculiar que empieza por hacerse problema de sí misma y que se enfrenta con singularísimas cuestiones que la razón ha de encarar irremisiblemente cada vez que se decide a aceptar su destino”⁴.

De aquí que, filosofar “es un cuestionar incesante al que no satisface la inocencia de las cosas que se dan en la vida de todos los días. Para el pensar filosófico, la realidad, que incluye nuestro ser y existencia, se nos contrapone como algo cuestionable que exige y demanda de manera perentoria una respuesta, se nos hace, como descubrieron los

³ Ferro, Juan Bautista, *Procedimientos decisorios para fórmulas monádicas de primer grado* (Tesis para optar el grado de Doctor en Letras). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 1966, p. V.

⁴ Ferro, Juan Bautista, “Discurso de agradecimiento...”, *o.c.* párrafo 3 (*infra* p. 363-364)

griegos, *pro-blema*”; y así, lo “más normal del mundo se hace a-normal, lo ordinario extraordinario, fuera de lo ordinario”⁵. Pero de lo que se trata aquí es de caracterizar la actitud requerida para filosofar, y ésta supone, como Ferro nos lo recuerda citando a Heidegger, “una drástica reorientación del mirar, que no es cosa de mayor o menor inteligencia, sino que supone y reclama una conversión radical, un vuelco total en el modo del existir”⁶. Esta “conversión” de la que habla Ferro, describe bien su propia vida: el cuestionamiento sobre lo que sucede (como *realidad*) en la vida cotidiana era la forma de vida a la que él se había convertido desde temprana edad. Su actitud filosófica no comienza con su actividad de profesor universitario de filosofía. En este sentido, Ferro se cuidaba de mantenerse alejado de posturas *profesionalizantes* que pudieran dar la impresión de poseer un saber dispuesto siempre para calmar las necesidades espurias de *actualización* filosófica a través de rápidos y fáciles panoramas de la filosofía.

Sus cursos de historia de la filosofía moderna eran los pretextos institucionales para filosofar y así su actividad de profesor se convertía, cada vez, en un reto de aprendizaje personal. El 31 de marzo de 1974 me escribía: “Lo cierto es que hasta ahora quien aprende más de mis cursos soy yo mismo”. Y que ésta no es una expresión pasajera y de circunstancia lo prueba el hecho de su reafirmación erudita, en carta del 31 de setiembre de 1974 : “como tú ya sabes (o deberías saberlo), aparte de quienes deseen aprovechar de mis cursos, en lo que puede tener de *exciting* (en el buen sentido de la palabra), el gran beneficiario de ellos soy yo mismo, y para los que creen que mi actitud es egoísta, nada social y menos humanista, aquí va la enseñanza de un gran humanista: ‘La filosofía no es un arte para formar hombres, sino para formarse a sí mismo. Esfuérzate de servirte de tu razón en vista de tus verdaderos fines absolutos’”⁷. El gozo personal que dejaba traslucir Ferro en sus clases, animaba a sus alumnos a abrir sus mentes y corazones, y los más dispuestos se convertían en buenos amigos. La actitud filosófica de Ferro plasmaba algunos rasgos de la *herencia de Sócrates* tal como lo señala W. Jaeger: Sócrates “no habla nunca, como los sofistas, de

⁵ *Ibid.*, párrafo 5 (*infra*, p. 364).

⁶ *Ibid.*, párrafo 8 (*infra*, p. 365).

⁷ Kant, Immanuel. *Opus postumum*, conv. I, fol. IX, p. 1.

sus discípulos, sino siempre de sus amigos”⁸; y la escuela de su amigo y continuador, Platón, “se basaba sobre el principio socrático de la amistad (φιλία) y pretendía proseguir a través de su dialéctica la vieja forma de la educación mediante el trato personal”⁹.

La actitud filosófica de Ferro tenía, además, particulares características que parecen encontrar su explicación en este contexto personal. Creo que sus amigos pueden señalar que Ferro no *escribía* ni, en realidad, *conversaba*. Y los críticos han observado que era ágrafo y que monologaba. Independientemente del hecho de que Ferro escribía sus clases y conferencias, y que sus investigaciones las reflejaba en *notas y observaciones* ya sea en hojas que acumulaba en carpetas o haciendo anotaciones en los textos que leía, lo cierto es que, aparte de su investigación lógica que convirtió en “Tesis”, él no parece haber estado dispuesto a expresar sus reflexiones filosóficas en forma de artículos que pudieran ser sometidos a la revisión de los *árbitros*. Que ésta haya sido su permanente postura, se debe más bien a su concepción de lo que era filosofar: si filosofar exige ponerse en trance de una vida radicalmente convertida a un modo específico del existir, que se expresa en todas las circunstancias del diario vivir, y si filosofar es un reiterado esfuerzo que va de sí mismo para caer en sí mismo, es decir para formarse a sí mismo, entonces, sus *monólogos*, que él escenificaba como una conversación con sus presentes amigos, eran la cabal expresión de su manera de vivir en tanto filósofo.

En este contexto la escritura habría sido una impertinente mediación, pues habría impedido escrutar el rostro, el gesto y la rauda palabra del amigo que, atento, escuchaba. Y ésta era su patria del espíritu, en la que “se limitaba a hablar con los hombres presentes de carne y hueso”¹⁰. En otro lugar he adelantado un testimonio: Ferro lloraba. “Recuerdo vivamente los momentos en que nuestro amigo callaba después de relatar su historia: llegado a este punto, había divisado con claridad el horizonte de las ideas y su felicidad era incontenible: una lágrima resbalaba por su mejilla y contenía el sollozo. Sí, nuestro amigo lloraba cuando creía haber desvelado la verdad de los textos y, entonces, claro,

⁸ Jaeger, Werner. *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México: FCE, 1962, 2a.ed., p. 438.

⁹ *Ibid.*, p. 494.

¹⁰ *Ibid.*, p. 455.

entonces ya toda escritura era inútil: entre el tiempo para entender la trama de las ideas y el tiempo para contar la historia que él había construido reviviéndola, se le acabó la vida. Por eso, para aprender de él había que estar cerca de él”¹¹.

Obviamente, esta forma de filosofar y enseñar filosofía estaba fuera de toda *lógica* curricular, burocrática y meramente formal que busca convalidar el mercado académico de los *estudios rápidos* vigentes en el sistema comercial de los estudios universitarios. Pero conversar con los amigos no es discutir, y filosofar no es repetir lo que los grandes filósofos han dicho. Ferro hablaba ante sus amigos y frente a sus alumnos y nunca discutía. Acaso Ferro veía con simpatía la posición de Gilles Deleuze y Felix Guattari, cuando intentan responder a la pregunta “¿Qué es la filosofía?” en el momento preciso en que “llega la vejez y la hora de hablar concretamente”¹². Estos autores afirman que “todos los filósofos huyen cuando escuchan la frase: vamos a discutir un poco. Las discusiones están muy bien para las mesas redondas, pero el filósofo echa sus dados cifrados sobre otro tipo de mesa. De las discusiones, lo mínimo que se puede decir es que no sirven para adelantar en la tarea puesto que los interlocutores nunca hablan de lo mismo. Que uno sostenga una opinión, y piense más bien esto que aquello, ¿de qué le sirve a la filosofía, mientras no se expongan los problemas que están en juego? Y cuando se expongan, ya no se trata de discutir, sino de crear conceptos indiscutibles para el problema que uno se ha planteado. La comunicación siempre llega demasiado pronto o demasiado tarde, y la conversación siempre está demás cuando se trata de crear. A veces se imagina uno la filosofía como una discusión perpetua, como una *racionalidad comunicativa*, o como una *conversación democrática universal*. Nada más lejos de la realidad y, cuando un filósofo critica a otro, es a partir de unos problemas y sobre un plano que no eran los del otro”¹³.

Pero que la filosofía rechace la discusión no se debe, según Deleuze y Guattari, a que “se sienta excesivamente segura de sí misma: al contrario, sus incertidumbres son las que la conducen a otros derroteros más

¹¹ Carrión W., Roque, “Mensaje desde Valencia”, en: *Homenaje al doctor Juan Bautista Ferro Porcile, o.c.*

¹² Deleuze, Gilles y Guattari, Felix, *¿Qué es la filosofía?* Traducción de Thomas Kanf, Barcelona: Anagrama, 1994, p. 7.

¹³ *Ibid.*, pp. 33-34.

solitarios”¹⁴. Pero, ¿no enseñó Sócrates, precisamente, lo contrario? Ellos no lo creen así: “De hecho, Sócrates nunca dejó de hacer que cualquier discusión se volviera imposible, tanto bajo la forma breve de un *Agon* de las preguntas y de las respuestas como bajo la forma extensa de una rivalidad de los discursos. Hizo del amigo el amigo exclusivo del concepto, y del concepto el implacable monólogo que elimina sucesivamente a *todos sus rivales*”¹⁵.

2. La filosofía como eterno retorno

Ferro afirmaba, apoyándose en Heidegger, que en “filosofía no hay progreso”, porque la filosofía “es un esfuerzo que en el curso de la historia vuelve una y otra vez a su punto de partida”¹⁶. Volver al punto de partida es recorrer, desde el momento histórico actual, y “dentro de contextos histórico-culturales determinados”¹⁷ el camino que retorna al origen, y en este trance “la historia de la filosofía tendrá que instalarse por ello en la coyuntura intelectual de los tiempos que estudia y sacar a la luz los conceptos, términos y maneras de atacar, en esa coyuntura, el mismo y pequeño número de problemas que constituyen el tema de la filosofía”¹⁸. Pero no se trata de describir o de “repetir hoy lo que decía Descartes, por ejemplo, en términos asequibles a un desprevenido lector del presente día”, ni menos atreverse a críticas intemporales que tendrían que caer en el vicio de un insufrible y errado anacronismo. De lo que se trata, más bien, es de comprender el cómo y por qué un pensador ha pensado de ese o de aquel modo, se trata, digo, de poner en claro el sentido de concretas aproximaciones a los ineludibles interrogantes filosóficos y de su compulsiva necesidad histórica”¹⁹. Y esta historia tiene que ser “la vía a través de la cual pueda llegarse al desocultamiento de lo que, originariamente, pone en movimiento al cuestionar que es la filosofía”²⁰.

Pero una historia no es, para Ferro, una secuencia lineal y crono-

¹⁴ *Ibid.*, p. 34.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Ferro, Juan Bautista, “Discurso de agradecimiento...”, *o.c.*, párrafo 9 (*infra*, p. 365).

¹⁷ *Ibid.*, párrafo 11 (*infra*, p. 365).

¹⁸ *Ibid.*, párrafo 12 (*infra*, p. 365).

¹⁹ *Ibid.*, párrafo 13 (*infra*, pp. 365-366).

²⁰ *Ibid.*, párrafo 14 (*infra*, p. 366).

lógica; en carta del 28 de febrero de 1974, comentando una noticia de la casa editora del libro de Jean Gattegno sobre Carroll, el mismo que, según Ferro, tiene la originalidad de presentar la biografía intelectual de Carroll como un diccionario, recuerda “este rechazo metódico de la linealidad, que yo me esfuerzo por inculcar a mis alumnos de historia de la filosofía y que orienta la estructura de mis clases diarias”.

3. Enseñar filosofía: una hermenéutica de los grandes textos filosóficos

Para Ferro “todo pensar se origina y crece en un *humus* nutricional compuesto de ideas, conceptos y lenguajes que las más de las veces inexplicitamente condicionan desde la profundidad ese pensar que se estima ingenuamente del todo libre y soberano”²¹. Desde esta perspectiva, lo que Ferro llama “pensar ingenuo” se identifica con una peculiar posición que postula un “misterioso método” que pretende enseñar a filosofar sin filosofía, es decir, en palabras de Ferro, “enseñar a filosofar sin contenidos”. Y esos contenidos son “los problemas capitales que se nos presentan en los grandes clásicos de la filosofía”²².

Según Ferro: “*No hay pensar que no se halle históricamente condicionado*. No hay pensar que lo sea realmente que no empiece por esclarecerse a sí mismo, liberando esos factores y móviles soterrados que no son sino su propia historia. Hacia esta su historia debe retroceder el pensar antes de lanzarse raudamente hacia adelante, sólo que ese retroceder habrá de ser un apropiarse y, al mismo tiempo, en un sentido muy especial, un deshacerse del pasado filosófico, si es que quiere cumplir genuinamente su hora y su destino”²³. El camino a seguir para mostrar el pensar en su propia historia, no es otro sino el de enfrentarse a los grandes textos filosóficos “a través del comentario y análisis”²⁴. Y hacer esto fue la razón mayor que, dice Ferro, “me empujó a enseñar, a aprender-a-sentir en su inmediatez el cuestionar filosófico perennizado en la magna obra que nos han legado los grandes pensadores de Occidente”²⁵.

Recuerdo brillantes ejemplos de su capacidad de hermenéutica de

²¹ *Ibid.*, párrafo 16 (*infra*, p. 366).

²² *Ibid.*, párrafo 15 (*infra*, p. 366).

²³ *Ibid.*, párrafo 17 (*infra*, p. 366).

²⁴ *Ibid.*, párrafo 18 (*infra*, p. 367).

²⁵ *Ibid.*

los textos filosóficos de Berkeley (1968) y Spinoza (1971). En la primera clase de su curso sobre Berkeley (el 25 de junio de 1968) Ferro sugería que el título de la clase podía ser la “interpretación de textos como historia de la filosofía” o la “búsqueda de un pensar filosófico en el texto de un filósofo” evitando así la “clasificación de los manuales”. Y sin embargo, decía Ferro, toda interpretación de un texto se hace siempre desde un objetivo. En su primera clase sobre Spinoza (el 26 de enero de 1971) advierte que un comentario de textos tiene que ser un comentario histórico, pues la terminología es histórica. Creo que es muy posible reconstruir, a partir de las notas que él usaba para exponer sus comentarios, estas dos muestras de interpretación de textos filosóficos.

Informado, como él siempre estaba, del avance de técnicas informáticas para aplicarlas en el tratamiento de los textos, Ferro me señalaba en carta del 30 de setiembre de 1973, el peligro de una “filosofía técnica” por el entusiasmo que despertaban las técnicas de *data retrieval* aplicadas al “uso de los grandes textos de la filosofía”. El advierte que no debe creerse que tales técnicas “pueden hacer más fácil la *filosofía*: el dato textual, como tal, no es nada, y necesita de un *contexto* para tener sentido. Y este contexto, mejor dicho este *con-*, viene desde otras partes, donde las máquinas nada tienen que hacer. Aunque esto que te digo es ridículamente pueril, tengo la impresión de que no tarda en llegar el día en que se tenga como única filosofía *técnica*, mejor dicho, como únicos *filósofos técnicos* a los que se dediquen a estas espectaculares actividades. Los demás seremos, si aún hay gentes dedicadas a pensar, meros especuladores sin base alguna”.

En esto, la voz de Ferro no clama en el desierto. Alasdair MacIntyre, en su intento por reactivar y justificar la universidad postliberal, exige que la enseñanza universitaria ponga “en contacto a los estudiantes con lo mejor de lo que se ha dicho, escrito y hecho en las culturas pasadas, de las que somos, por otra parte, los herederos desheredados. Y, al hacer esto, debe devolverseles un sentido de relación con aquellas tradiciones culturales pasadas, de modo que puedan entender lo que ellos mismos dicen, escriben y hacen a la luz proporcionada por esta relación”²⁶. Y el camino para hacer esto, admitiendo que la universidad

²⁶ MacIntyre, Alasdair, *Tres versiones rivales de la ética. Enciclopedia, genealogía y tradición* (versión española de Rogelio Rovira), Madrid: Ediciones Rialp, S.A., 1992, pp. 280-281.

debe ser la *arena del conflicto* de las tradiciones, necesita de “grandes áreas de acuerdo, sin las cuales el mismo conflicto y el mismo desacuerdo serían necesariamente estériles. Así, por ejemplo, aunque no cabe leer ningún texto sin que surjan posibilidades rivales de interpretación, ni cabe enseñar ningún texto sin que ciertas posibilidades interpretativas resulten favorecidas frente a otras, no se sigue y no es verdadero que no se pueda enseñar a los estudiantes a leer de forma escrupulosa y cuidadosa, para que tomen posesión de un texto de un modo que les permita llegar a juicios interpretativos diferentes, de tal forma que de vez en cuando puedan protegerse a sí mismos contra una aceptación demasiado fácil —o, en verdad, un rechazo demasiado fácil— de las interpretaciones de sus maestros. Y los partidarios de concepciones rivales y opuestas, deben ser capaces de ponerse de acuerdo sobre la importancia de enseñar a los estudiantes a leer de esta manera, aunque sólo sea porque sólo por medio de tal lectura esos intérpretes rivales puedan establecer sobre qué discrepan”²⁷.

Creo que se puede aceptar con benevolencia esta larga cita, porque ella pone de relieve la pertinencia y actualidad del trabajo hermenéutico de Ferro, como base para la enseñanza de la filosofía. En el “Discurso de agradecimiento” que venimos citando, nos completa cabalmente su idea de la enseñanza de la filosofía, es decir la de filosofar, y de sus efectos directos en la formación de uno mismo: “Para mí, al menos, enseña de verdad a filosofar quien enseña a evitar las superficialidades y a poner a descubierto los pre-juicios y pre-conceptos que acechan y tienen que acechar al quehacer filosófico, pero no para sustituirlos por los que el que se dice maestro ofrece solícito y presuroso, sino para que el estudiante aprenda a aprender a construir su propia y personalísima trocha a través de esa maleza, de esa espesura ocultante que envuelve sin resquicios, muda e indiferente, a la razón humana”²⁸.

4. *La universidad: el lugar del desenmascaramiento*

Ferro concibe a la enseñanza universitaria como un quehacer que desquicia, y postula que la universidad debe ser el lugar en el que se

²⁷ *Ibid.*, p. 285.

²⁸ Ferro, Juan Bautista. “Discurso de agradecimiento...”, *o.c.*, párrafo 19 (*infra*, p. 367).

expresa el desquicio, el desenmascaramiento. En esto es rotundo, radical: “enseñar es desquiciar, sacar del quicio, acabar con seguridades que no lo son tanto. La universidad, y no la confundamos con las escuelas técnicas y profesionales, debe fomentar un auténtico e incesante quebrantar, desquiciar, desenmascarar cualquier sistema y doctrina, abriendo y despejando espacios nuevos para el pensar. No es casual que en los mejores momentos de su historia, la cátedra universitaria haya sido el latente enemigo del estancamiento y estabílismo intelectuales y el refugio de todo el que apuntara hacia el futuro”²⁹. Pero Ferro también reclamaba tolerancia, pues “el riesgo está en que olvide el sentido mismo del desquiciamiento y la universidad se transforme en la abanderada incondicional y fanática de algún sistema o doctrina, con lo que estaría negando su propia esencia”³⁰.

Esta visión de Ferro sobre la universidad se emparenta con la reciente posición de MacIntyre sobre la reconstitución de la universidad como institución. Así, frente a “la capacidad de la universidad contemporánea, no sólo de disolver el antagonismo, de mutilar la hostilidad, sino también de hacerse a sí misma insignificante desde el punto de vista cultural al llevar a cabo esto”, este filósofo reclama, con fuerza, que la universidad debe, en primer lugar, justificarse a sí misma constituyéndose en los “sitios en los que se elaboran concepciones y criterios de la justificación racional, se los hace funcionar en las detalladas prácticas de investigación, y se les evalúa racionalmente, de manera que sólo de la universidad puede aprender la sociedad en general a cómo conducir sus propios debates, prácticos o teóricos, de un modo que se pueda justificar racionalmente”³¹. Y, para ello, la universidad debe concebirse “como una arena de conflicto”, en la que se otorgue “reconocimiento al tipo más fundamental de desacuerdo moral y teológico”³².

En este *ambiente personal* desarrollaba Ferro su vida de filósofo y de enseñante; él transformaba la pobre realidad cotidiana de la universidad en algo digno y propio para el filosofar; en este ámbito se desquiciaba a sí mismo y a los otros abriendo nuevos horizontes, como me

²⁹ *Ibid.*, párrafo 20. (*infra*, p. 367).

³⁰ *Ibid.*

³¹ MacIntyre, Alasdair. *Tres versiones rivales de la ética, o.c.*, p. 274.

³² *Ibid.*, p. 285.

lo dice en su carta del 26 de julio de 1973: “Lo que creo haberte dicho es que había llegado a un nuevo *horizonte* con el que siempre he soñado. En realidad lo que quise decir —y creo que tú lo has entendido perfectamente— es que había alcanzado un nuevo plano, que había accedido a un punto que me abría una nueva perspectiva desde la cual los problemas y sus antinómicas soluciones se reordenaban (respecto de un orden tradicional, dado por eterno o, en todo caso, fundado en una realidad inmutable, *perennis*, el mismo que ahora quedaba desquiciado y descubierto en su pecado original) y me invitaba, más que eso, me impelía inexorablemente a una nueva aventura. Esto me llenaba de gozo, como te dije. Y así tenía que ser, pues la vida del espíritu es pura aventura, y nada más triste para él que la cerrazón, la inercia y la estupidéz humanas que lo aherrojan y lo condenan, santificando como *realidad* doctrinas y situaciones resultado de pasadas aventuras, a marcar el paso, en el olvido de sí y de su destino. No he, pues, alcanzado una estática beatitud, a la manera de los sabios hindúes y de los otros, sino más bien la más humana de las bienaventuranzas, es decir, la de estar en la entraña misma de la aventura del propio tiempo, arrebatado por una marea de problemas *auténticos* que, a pesar de aterradores, poseen, no obstante, la extraña propiedad de hacerte vivir *en la verdad* (entendida como situación vital)”.

5. Filosofía y lógica

A continuación del párrafo anterior, en esa misma carta, Ferro se comenta a sí mismo: “No sé qué podrás decir de esta parrafada que me ha salido (para horror de los analistas lógicos) de la manera más espontánea y no preparada de antemano, como en tantas otras ocasiones en que converso (o, como dicen todos, monologo) con gente de suficiente sensibilidad”. Si se compara, cuantitativamente, el número de temas y cursos de filosofía que Ferro desarrolló a su manera, y aquéllos que dedicó a la lógica, uno puede estar tentado a concluir que la filosofía de la lógica no constituía una preocupación urgente. Y sin embargo, siempre estaba atento a las publicaciones de nuevos trabajos de reputados lógicos, y acariciaba la idea de escribir, algún día, su “obrita sobre lógica”.

En carta del 27 de diciembre de 1974, comentando dos artículos, uno de H. Leblanc y otro de J.G. Slater, que me solicitaba (estando

yo en París), me dice: “Son dos artículos técnicos sobre los errores de la técnica de deducción natural que Copi emplea en *Symbolic Logic*. Me conviene conocer las *razones* de la corrección, que el propio Copi ha aceptado, pues yo ya en 1964 había detectado la deficiencia de su regla EI (cosa que le llamó la atención al profesor Kalish, de Los Angeles, que acababa de enviar una nota sobre el particular, para su publicación, al *Journal of Symbolic Logic*). Te preguntará el por qué de mi interés actual y me agrada mucho responderte que he culminado algo que empecé en 1968: construir un sistema de deducción natural, basado en Gentzen y Jaskowski, que suprima la horrible dificultad práctica de los “árboles deductivos” y que incluso llegue a prescindir de la técnica de deducciones subsidiarias, creada por Fitch, y utilizada por *todos* los autores que utilizan el sistema (salvo, claro está, Quine que, en cambio, se mete en honduras). Mucho tendría que hablar sobre el tema, pero ya habrá tiempo. Terminado este trabajo (médula del segundo tomo de mi obrita sobre lógica), ahora estoy abocado al núcleo del tercero: la noción de “máquina de Turing” y su desarrollo, como base para la exposición del problema de la computabilidad y de los logros alcanzados en este campo, para de aquí pasar a exponer la metalógica de los sistemas axiomáticos y de deducción natural. Como ves, creo que nunca voy a llegar a viejo”.

Este párrafo de la carta de Ferro muestra bien, me parece, el sentido y alcance que él le daba al método lógico, y la idea sistemática y ascendente que tenía de sus propias investigaciones lógicas. Por otro lado, se ve con claridad el atractivo que ejercían sobre él las técnicas lógicas.

6. Finitud y metafísica

Que el filosofar se ejerce frente a las cosas más normales de la vida, tal como cree Ferro, se muestra en sus reiteradas reflexiones sobre la enfermedad y la muerte. En su carta del 31 de agosto de 1973 me dice: “estoy en un *cul de sac*: los médicos no saben qué hacer con mis males (ni yo tampoco)” y, agrega, “pero estoy pensando y creo que he hallado un camino entre tanta negrura, pues con un poco de observación he podido distinguir tres órdenes distintos de síntomas y cierta correlación entre ellos. De esta manera he aislado uno y examino

sus variaciones frente a las de los otros dos. Ese orden básico de referencia sí es controlable y es así como espero recuperar mi salud. Repara que esto no es otra cosa que la filosofía natural de Berkeley aplicada a la medicina y que ya me rindió frutos en otra ocasión”.

Un mes después, el 30 de setiembre de 1973, me reitera: “en lo que concierne a mi enfermedad, ya te he dicho que estoy pensando (con el auxilio de Berkeley). Los primeros resultados ya se están produciendo, y me hallo muy contento, pues los síntomas (léase las molestias) van cediendo”. Para el 1ro. de noviembre de 1973 Ferro ya ha aceptado vivir con síntomas “que indiscutiblemente no desaparecerán”, pero que pueden controlarse “con cierta disciplina en mis movimientos cervicales”. Este sufrimiento físico lo lleva a afirmar que: “de todos modos la cosa está en aprender a vivir con uno mismo, que míos son mis huesos, y mis nervios y mi encéfalo. Y en este aprendizaje, en esta ampliación de mi experiencia, de mi condición humana individual, hallo un no se qué de mayor afinamiento en el mundo que me hace vivir más profunda e inteligentemente. Lo vano se hace más vano y lo esencial gana más y más terreno. ¡Cosa sería es ésta de tener que pensar cada día, queriendo o no queriendo, en la propia e inevitable transitoriedad!”

Para el 16 de junio de 1975, la clara conciencia de la fragilidad de la naturaleza humana y el reconocimiento expreso de nuestra finitud son tesis consolidadas en la visión filosófica de Ferro, cuyas arrasantes consecuencias admite. En esa ocasión me dice: “Aprende, más bien, a vivir *con* tu enfermedad. Hemos nacido finitos, por decir algo que se aproxima un tanto de lejos a la cosa misma, y hemos aprendido a vivir con esa finitud, unos olvidándose de ella y *alienándose* en la vida fácil, sin muerte, a la que se quiere hacer importante *radicalizándola* políticamente o *humanizándola* socialista y cristianamente, otros aceptándola tal como es, como abandono y desamparo total y abismal. La enfermedad y la muerte son nuestras compañeras de viaje y mejor es estar con ellas, que nos educan y nos hacen egregios. Además, para volver a la *vida* práctica, no hay por qué pensar que los síntomas han de aparecer con la gravedad e insoportabilidad que presume el paciente. Lo que importa aquí es que la imaginación no tome las riendas, ni tampoco la tendencia a creerse *elegido*”.

Grave enseñanza la que nos legó Ferro; en sus últimos años puso en práctica su lección y pensó y vivió con la enfermedad y con la muerte acechante. Tengo la impresión que nadie supo si murió en el

“desamparo total y abismal”. Yo me inclino por una duda razonable: es posible que haya recordado a Berkeley, a Spinoza o a Kant y cruzó el umbral tratando de escudriñar los textos de estos filósofos cuyos pasajes teológicos conocía. Y esto no es un buen deseo de un amigo. Ferro sabía muy bien que ése era un tema central de la filosofía. En su carta del 31 de mayo de 1974 me dice: “Ya hablaremos sobre teología cuando llegue el momento”. En realidad se preparaba para ese momento, pues el 22 de septiembre de 1974 me anunciaba el contenido de su curso de filosofía: “Un comentario a pasajes selectos de la *Crítica de la razón pura*, que estará dominado por la idea de que Kant ha sido siempre un metafísico, claro que sólo como podía serlo un hombre del siglo XVIII; que su metafísica desemboca al final en el problema de Dios (entre otros); que su teología racional aparece rematando la dialéctica trascendental, nada menos que bajo el título “El ideal de la razón pura”, y que esta ubicación no es circunstancial y sí demasiado significativa; que esta *theologia rationalis* más que negativa es propedéutica y que debe ser entendida en relación con la *transzendentaltheologie* a que tanto hace referencia en el *Opus postumum*”³³.

En noviembre de 1981 retoma este tema para desarrollarlo en un seminario sobre “Crítica y metafísica en la filosofía de Kant”, que dicta en la Universidad de Carabobo (Valencia, Venezuela). En la presentación del seminario Ferro afirma: “Uno de los temas que más apasionan en el estudio de la filosofía kantiana es la parte que en ésta le cabe a la metafísica. Kant mismo nos ha advertido que la razón humana tiene el singular destino de verse agobiada de manera inevitable por las cuestiones metafísicas, que es difícil aparentar indiferencia ante investigaciones de este género y que la metafísica no dejará jamás de existir aunque las demás ciencias se hundan. Lo que Kant logró en este campo, sin embargo, es materia aún hoy, después de dos siglos, de una polémica que no tiene trazas de agotarse, debido en gran parte a las dificultades propias de su terminología no siempre precisa y a una exposición que pese a sus esfuerzos no siempre es feliz. Esto, aparte de las dificultades intrínsecas de un filosofar del más alto rango, torna difícil el acceso a lo que Kant pensó acerca de la metafísica. No obstante, por difícil que sea, este acceso debe ser intentado, pues sin él no es

³³ Kant, Immanuel, “La filosofía trascendental: ciencia de Dios y del mundo”, en: *Opus postumum, convulvut 1, cobertura*, p. 3.

posible formarse una idea adecuada del pensamiento kantiano en su totalidad”. Precisamente, el seminario de Ferro se orientó a “facilitar dicho acceso mediante la exposición de lo más esencial de la *Crítica de la razón pura* y de la *Crítica de la razón práctica* desde la perspectiva de la metafísica, esto es, desde un punto de vista que desborda las interpretaciones usuales de aquellas obras, entendidas exclusivamente como teoría de la ciencia, ajena a toda intención metafísica, la primera, y como singular *teoría de la moral*, la segunda”.

No está demás decir que, para Ferro, se trataba de una preocupación ineludible que la propia historia de la razón humana ha planteado como problema. La cuestión de Dios en la historia de la conformación del pensamiento moderno, y los espinosos problemas teológicos le atraían con pasión crítica.

Finalizo este fragmentario testimonio señalando el claro beneficio que todos obtendríamos si, con este homenaje, se iniciara un esfuerzo sostenido de reconstrucción de los manuscritos de Juan Bautista Ferro. Lo que aquí he expuesto nos deja ver que tenemos referencias y guías seguras para llevar a cabo esta tarea. Pero, debo aclarar, ésta es una sugerencia desde el lado del amigo que lo escuchaba; creo que Ferro no estaría de acuerdo con mi sugerencia y, arrugando la cara, me habría dicho que era necesario esperar un poco más, pues ayer mismo había entrevisto un nuevo horizonte que le auguraba nuevos y felices momentos.